



Características de un buen maestro

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también
en Cristo Jesús. –Filipenses 2:5*

Ser maestro de la Palabra de Dios es el mayor privilegio que se puede gozar. Significa estar íntimamente vinculado al Maestro por Excelencia, nuestro Señor Jesucristo, ya que gran parte de su ministerio comprendía la enseñanza. Él delegó poder y autoridad a sus seguidores para que continuaran esa labor.

***Id por todo el mundo y predicad el evangelio
a toda criatura. –Marcos 16:15***

Maestro/a: Dios ha puesto sus ojos en usted, y ese deseo de enseñar que brota desde lo profundo de su ser es un llamado del Señor. Él necesita de usted para la educación de sus «joyas», los niños y las niñas que Él tanto ama. Sus inmortales vidas representan gran valor. Jesús murió por cada uno de ellos en la cruz. No derramó su preciosa sangre, en precio de rescate, solamente por los adultos. ¡No! Fue también por los niños.

La vida de un niño se puede comparar con una hoja de papel en blanco. Cada persona que pasa por su lado escribe algo en esa hoja. ¿Qué escribe usted en la vida de los niños y las niñas alrededor suyo? Dios lo llama para que sea un buen maestro y escriba cosas de valor eterno.

Al llamarlo para que sea maestro, Dios dispuso que usted ayude a otro ser humano a aprender. No importa cuán grande o cuán pequeño sea el grupo al cual enseñe, siempre estará centrado alrededor de tres factores: *el maestro, la lección, y el alumno*. Del mismo modo, también este libro. Deseo hablarle a usted como maestro; de sí mismo y de las cuali-

dades que Dios espera ver desarrolladas en su vida. Quiero hablarle de las enseñanzas que impartirá a los niños y cómo hacerlo de una manera atractiva y efectiva. Luego le presentaré a los pequeños en sus diferentes fases de desarrollo.

Cada niño es único, un individuo original con características especiales. A usted le toca descubrir algo del potencial escondido dentro de cada uno de los traviosos cuerpecitos.

Aquí nos concentraremos en algunas características del maestro, siguiendo el ejemplo del Maestro de maestros, nuestro amado Señor Jesucristo.

El maestro y su experiencia con Dios

No se puede compartir lo que uno no ha experimentado. Teóricamente el maestro puede explicar muchas cosas; pero sólo puede impactar la vida de sus alumnos cuando respalda la teoría con experiencias personales.

***El maestro enseña la lección más poderosa
mediante el ejemplo de una vida santa.***

Para el maestro cristiano, el nuevo nacimiento es su primera y gran experiencia con Dios. Para enseñar la Palabra de Dios hay que ser salvo y lleno del Espíritu Santo. Necesitamos la llenura del Espíritu Santo para que las cosas del mundo no hallen cabida. El egoísmo, la envidia y la hipocresía tendrán que dar media vuelta a la puerta del corazón, pues, ya estará ocupado por el Espíritu del Señor.

El maestro que abre su vida al Señor producirá el fruto del Espíritu y podrá respaldar su enseñanza con experiencias de gran valor. Me duele decir que hay muchos maestros que enseñan la Biblia sin gozar de una relación personal con Dios. Son «ciegos guías de ciegos», como lo expresa Jesús en Mateo 15:14. Como resultado, tanto el maestro como sus alumnos caen en el hoyo.

El apóstol Pablo dijo: «**Yo sé a quién he creído**» (2 Timoteo 1:12). Esa firme fe en el Señor y su Palabra debe caracterizar a cada maestro; no sólo en la clase con sus alumnos, sino cada día y en cualquier situación o lugar. Jesucristo dijo que somos la luz del mundo y que debemos glorificar a Dios con nuestras buenas obras (Mateo 5:14-16).

¿Cómo es su relación personal con Dios? ¿Puede testificar de todo corazón que Jesucristo es su Salvador? ¿Goza usted del poder del Espíritu Santo en su vida? ¿Puede afirmar, sin lugar a duda que para usted «*el vivir es Cristo*» (Filipenses 1:21)?

La sinceridad del maestro

Verónica era una chiquilla observadora. En cierta oportunidad, al ser saludada con indiferencia por un adulto, dijo:

- Ese caballero no quiere a los niños.
- ¿Cómo lo sabes? -le pregunté.
- Lo vi en sus ojos cuando me saludó -respondió ella-. No eran cariñosos.

Efectivamente, ese hombre no quería a los niños. Como él, hay muchos en nuestro mundo. Gracias a Dios, hay otros tantos que aman a los niños con amor sincero.

La vida del maestro necesita ser transparente como la luz. Jesús fue sincero con sus seguidores; no hubo «*engaño en su boca*» (Isaías 53:9). Día tras día los discípulos compartieron con Él la abundancia y la escasez, la alegría y el dolor, la aclamación de los admiradores y las burlas de los enemigos. Ellos lo conocieron en la intimidad del hogar y entre grandes multitudes, y nunca lo vieron actuar con hipocresía.

Para guiar a un niño a Cristo usted tiene que llevar una vida santa y pura, sin engaño. Cada día necesita estar cerca al Señor, para escuchar hasta el más leve susurro de su amor. Sea donde fuera, y en cualquier circunstancia, debe mantener la cabeza en alto, para poder mirar a los ojos de sus alumnos sin sonrojarse

o tener que bajar la vista. Sus hechos y sus palabras deben armonizar en una bella sinfonía que honre al Salvador, proclamando a cualquiera que desee prestar oído: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20).

La comunión diaria con Dios

Dijo un alumno:

«Primero llegué a amar **a mi maestro**; luego llegué a amar **la Biblia** de mi maestro; después llegué a amar **al Salvador** de mi maestro.»

¿No es eso lo que deseamos ver como resultado de nuestro esfuerzo? Ya lo creo, porque no hay mayor felicidad que guiar a un niño a los pies de Cristo.

Para llevar una vida ejemplar y fructífera es indispensable desarrollar una diaria e íntima comunión con Dios mediante la oración y el estudio de su Palabra. Mediante la oración el maestro habla con Dios. A través de la lectura de la Palabra el maestro «escucha» a Dios. Aparte un tiempo específico **cada día** para desarrollar una vida de comunión con Dios, preferiblemente en la mañana. Pida como el salmista: «*Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley*» (Salmo 119:18).

La oración es el medio por el cual podemos experimentar milagros en nuestra vida. Para el maestro es importante:

- Orar **como** un niño
- Orar **por** un niño
- Orar **con** un niño

Jesús dijo que si no nos hacemos como niños no podremos entrar en el reino de los cielos (Mateo 18:3). Los niños son sinceros, humildes y dependientes, ya que todavía no han descubierto lo que en el mundo adulto es muy bien conocido: las dudas. Oremos a Dios con la sinceridad de un niño, dependiendo totalmente de Jesús, confiando en que Él nos dará la respuesta (véase 1 Juan 5:14-15).

No es suficiente orar «como un niño», sino necesitamos también **orar por los niños**. Ruego a Dios por cada uno de sus alumnos, para que ellos puedan poner sus jóvenes vidas en las manos de nuestro poderoso Señor Jesús. Al ser constante en la oración por sus alumnos, usted, como maestro, no tardará en experimentar el gozo de orar con un niño. No hay mayor felicidad.

La comunión con los hermanos

Como hijo de Dios y maestro cristiano usted forma parte de una gran familia. Tiene hermanos en cada país del mundo. Es importante que aprenda a vivir en paz con ellos.

**¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
que habiten los hermanos juntos en armonía!
—Salmo 133:1**

Jesús enseñó que debemos amarnos unos a otros como Él amó a los suyos (Juan 15:12). El apóstol Pedro escribió que debemos amarnos «*entrañablemente, de corazón puro*» (1 Pedro 1:22). Nuestro amor unos por otros tiene que ser sincero, sin hipocresía. Debe manifestarse en respeto hacia quienes ejercen cargos de mayor responsabilidad, y también un trato noble de la persona más humilde.

Al maestro que ama fraternalmente le caracteriza un espíritu colaborador. Durante los años que he trabajado en la obra de la escuela dominical he podido observar diferentes tendencias. He visto a maestros que solamente buscan relucir, desempeñando sus cargos con el fin de ser aplaudidos. Otros, los fieles colaboradores, no le tuvieron miedo a la escoba; estuvieron siempre dispuestos a ayudar con cualquier cosa que se necesitara hacer. Los respeto grandemente, ya que demostraron el espíritu servicial característico de nuestro Señor Jesucristo. Él no vino al mundo para ser servido, sino para servir (véase Marcos 10:45).

El maestro servicial y colaborador se llevará bien con sus hermanos en la fe y ganará el respeto de sus alumnos, ya que verán en él (o ella) una persona que ama a los demás, como Jesús amó a los suyos.

Colega maestro: no trate de evadir responsabilidades, sino aproveche cada oportunidad que se le presente para ser de ayuda. De ese modo, usted contribuirá al desarrollo del amor fraternal: la buena comunión entre hermanos.

Buena presencia física

Es importante que como siervos de Dios presentemos un aspecto físico agradable; de fuerza, salud y vigor. Una presencia física descuidada no recomien-

da en buena forma al evangelio. Buena presencia física, voz agradable, vestimenta limpia, y cabellos bien peinados son características que dan «peso» al mensaje de Jesucristo. Él merece ser representado de la mejor manera posible.

¿Cómo piensa que reaccionan los niños ante un maestro raquítico, pálido, y anémico? ¿Qué impresión ofrece un maestro sano, vigoroso, y lleno del gozo de vivir? Dejo a su criterio decidir cuál de las descripciones honra al nombre de Dios.

Cristo Jesús vino al mundo para ofrecernos **vida**, y «vida en abundancia». No es mi propósito desanimarlo si usted está sufriendo físicamente; al contrario, quiero alentarle y decirle que Jesús es todopoderoso. Él llevó sobre su cuerpo, en el madero, no sólo el castigo por nuestros pecados, sino también cargó nuestras enfermedades y nuestros dolores, «*por sus llagas fuimos nosotros curados*» (Isaías 53:5). Como hijo/a de Dios, usted goza de innumerables riquezas.

Póngase de rodillas, con la Biblia abierta y un lápiz en la mano. Lea y subraye todas las promesas de Dios, y luego, ¡recíbalas en su vida! Jesús desea que usted goce de una vida abundante y victoriosa. Los niños disfrutarán de las lecciones y respetarán el evangelio al ver a un maestro saludable y alegre.

El entusiasmo del maestro

Dios es el autor de toda energía y actividad. ¡Él es entusiasta! Si Dios caminara en los zapatos de un maestro no malgastaría el tiempo en cosas de poco valor, sino se esforzaría en cumplir bien cualquier tarea encomendada. ¿Cree usted que Dios estaba con pereza cuando creó el mundo? No, cada célula de su ser vibraba de energía. Por eso, «*todo lo hizo hermoso*» (Eclesiastés 3:11). Nuestro Dios, es un Dios de fuerza y actividad. El maestro cristiano necesita tener la misma disposición que la del Maestro de Galilea: entusiasmo y energía positiva.

La palabra *entusiasmo* significa «tener a Dios dentro». Cuando Cristo vive en mí, no hay circunstancia negativa que me pueda bajar el ánimo. Por supuesto, luché a diario contra el enemigo; pero Jesús me hace «más que vencedor».

Un maestro amable, entusiasta y colaborador, producirá alumnos del mismo calibre. ¿Quisiera usted ser esa clase de maestro?

La influencia del maestro

Ante todo, Amelia deseaba ser como su maestra. Admiraba todo en ella. Su manera de vestir, su modo de caminar, el tono de su voz, su sonrisa, sus enseñanzas, y hasta el modo en que se sentaba. En todo lo que podía, trataba de imitarla. ¡Qué responsabilidad pesaba sobre aquella maestra!

El apóstol Pablo, gran predicador y maestro, pidió a los cristianos que lo imitaran (1 Corintios 4:16 y 11:1). ¿Cómo se atrevió a hacer tal cosa? Por la simple razón de que él a su vez imitaba a Cristo. Reconoce la influencia que la vida de usted como maestro ejerce sobre los alumnos. Ante ellos, usted es un representante de Cristo, y lo que ellos lo vean hacer, guiará, en gran parte, el destino de sus vidas. Trate de ejercer sobre ellos una influencia positiva.

El maestro enseña . . .

un poco mediante lo que dice.

algo más mediante lo que hace.

mucho mediante lo que es.

La vida y la personalidad del maestro es la lección más poderosa que se puede enseñar. No son en primer lugar las elocuentes palabras que influyen en el niño, sino la vida santa del instructor; una vida entregada de lleno al Señor Jesús. ¡Propóngase lograr ese impacto!

El deseo de aprender

Lo más importante en la vida del maestro no es enseñar sino aprender, y ¡aprender de Jesús! Por cierto, usted debe leer y estudiar buenos libros, conocer de pedagogía, y tratar de mejorar sus métodos de enseñanza; pero lo primordial es que aprenda de Jesús mismo, por medio de una vida de íntima comunión con Él. Jesucristo es el Maestro por Excelencia y nadie nos puede enseñar mejor.

Para aprender hay que estudiar; en este caso, la Biblia. También es importante estudiar otra buena literatura. El conocimiento no es una carga pesada y el tiempo dedicado al estudio nunca es tiempo perdido. Estudie la Biblia a vuelo de pájaro, pero tam-

bién detenidamente, versículo por versículo. Ambas maneras le servirán mucho. Leer a vuelo de pájaro es como subir a una montaña y contemplar un hermoso paisaje. Estudiar libro por libro, versículo por versículo, es como bajar al valle y observar los detalles del paisaje.

Algunas buenas herramientas para el estudio son: un diccionario de gramática castellana, un diccionario bíblico, y una concordancia bíblica. Estudie las costumbres de los tiempos bíblicos, la geografía y la historia de la Tierra Santa, y también la teología sistemática para que conozca a fondo las doctrinas básicas del evangelio. Cuanto más fundamentado esté en la Biblia, tanto mejor podrá enseñar.

La misión del maestro

La misión del maestro se halla resumida en los últimos versículos del Evangelio según Mateo: «*Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones...*» (Mateo 28:19-20).

Muchos niños han *escuchado* el evangelio, algunos han sido *enseñados*, pero muy pocos han sido **entrenados**. Hacer discípulos es la labor principal del maestro cristiano. No se contente con solamente ser maestro, sea también un entrenador. Prepare a sus alumnos para el servicio a Dios.

Fiel hasta el fin

No todo cristiano es apto para enseñar; no obstante, todo aquel que ha sido llamado por el Señor para enseñar debe desarrollar sus aptitudes y servir con fidelidad (1 Corintios 4:2).

El maestro cristiano es administrador de las preciosas joyas del Señor: ¡los niños! Él pudo haber elegido otros métodos para que conozcan la verdad, pero no lo hizo. Fue de su agrado escogernos a nosotros para este trabajo. Ahora, Él espera que seamos fieles. No por un día ni dos, no por unos meses o un año, sino ¡fieles siempre!

Con la ayuda del Gran Maestro usted podrá ser:

FIEL a Jesucristo

FIEL al mensaje (las lecciones que enseña)

FIEL a sus alumnos

FIEL a la iglesia (sus hermanos y colegas)

FIEL al llamado

FIEL hasta el fin (Apocalipsis 2:10)